

Año. II No. 11. Semestre B de 2024 ISSN: 2322-9977

# ERGOLETRÍAS



Universidad  
del Tolima



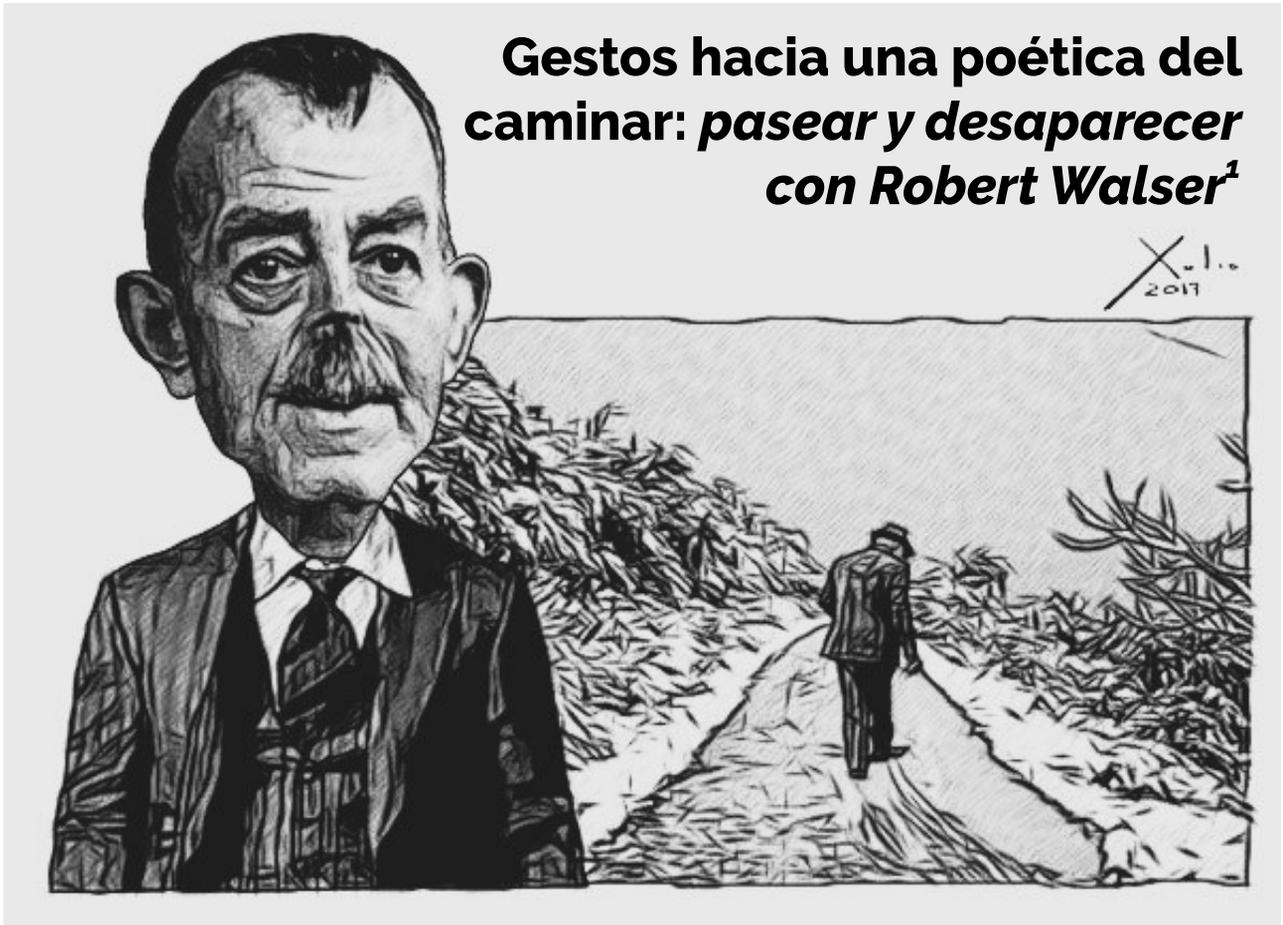
ACREDITADA  
DE ALTA CALIDAD

¡Construimos la universidad que soñamos!



*Givay*

## Gestos hacia una poética del caminar: *pasear y desaparecer con Robert Walser*<sup>1</sup>



**Alex Silgado Ramos**  
asilgador@ut.edu.co  
Profesor del IDEAD  
Universidad del Tolima

*Agitó su sombrero y se marchó: le llaman caminante.*  
Walser, 'Y se marchó', *Poemas-Blancanieves*.

Constituyen estas notas una tentativa, un intento prudente por captar una *poética del caminar*, ese gesto que permite hacernos presente en el presente mientras somos alma, pensamiento y cuerpo que camina. Robert Walser nos acompaña y orienta en este intento...

(0)

---

1. Este texto hace parte de los desarrollos del ejercicio de tesis o, mejor, de indagación narrativa "El arte de caminar y la educación: una mirada poética. Divagaciones de un maestro de a pie", en el marco del Doctorado Interinstitucional en Educación DIE UPN, énfasis lenguaje y Educación.



Ahora abandono el cuarto de los escritos o de los espíritus y bajo a buen paso a la calle a dar un paseo con Walser esta hermosa mañana...

*Hasta donde puedo acordarme hoy, cuando escribo todo esto, me encontraba, al salir a la calle abierta, luminosa y alegre, en un estado de ánimo romántico-extravagante, que me satisfacía profundamente. El mundo matinal que se extendía ante mis ojos me parecía tan bello como si lo viera por primera vez. Todo lo que veía me daba la agradable impresión de cordialidad, bondad y juventud. (...) Esperaba con alegre emoción todo lo que pudiera encontrarme o salirme al paso durante el paseo. Mis pasos eran medidos y tranquilos (Walser, 2020, p. 15-16).*

(1)



El insistente ladrido de un perro ante la presencia de un montículo en la nieve, hizo que una mujer se alertara y enviara a sus dos niños a bajar en el trineo para ver de qué se trataba. Era navidad de 1956, más concretamente, 25 de diciembre, y el invierno arreciaba con su gélido aliento sobre la ciudad de Herisau, al este de Suiza. Los niños prontamente bajaron en su trineo hacia aquel sendero solitario circundado por hayas y abetos. Sobre la espesa nieve descubrieron el cuerpo casi congelado de un hombre mayor, vestido con un largo abrigo negro y unas botas gruesas. Su brazo izquierdo yacía extendido casi señalando un horizonte próximo, mientras el derecho se encontraba replegado sobre su propio cuerpo,

encima del pecho; el sombrero estaba fuera de su sitio, la cabeza levemente inclinada, su boca y ojos abiertos como si todavía estuvieran viendo y respirando el aliento del mundo. Ese hombre era Robert Walser y, como de costumbre, había salido a dar uno de sus paseos solitarios –otras veces acompañado por su albacea y amigo Carl Seelig– en las proximidades del sanatorio de Herisau, lugar en el que se encontraba internado, contra su voluntad, desde junio de 1933. ¡Qué muerte más poética para un escritor caminante!, morir en el camino, sobre la marcha. Algunos han dicho, teniendo en cuenta esa cualidad poética y profética que encarna la buena literatura, que este destino ya estaba enunciado en uno de sus libros:

*Como a mitad de subida vio Simón de pronto a un hombre joven echado sobre la nieve, en medio del camino. Aún había suficiente claridad en el bosque como para divisar al durmiente. ¿Qué había inducido a ese hombre a acostarse allí, en medio de un frío terrible y en un rincón tan solitario del abetal? Su ancho sombrero le cubría el rostro oblicuamente (...) El hombre yacía inmóvil y la oscuridad empezaba a enseñorearse del bosque. Simón examinó los zapatos y la ropa del individuo. Era un traje de verano de color amarillo claro, sumamente ligero y raído. (...) Alrededor, la nieve no presentaba huellas, lo que hacía suponer que ya llevaba ahí un buen tiempo. La cara y las manos se habían congelado hacía rato, y la ropa estaba adherida al gélido cuerpo. Sebastián debió de haberse desplomado allí, víctima de un cansancio enorme que ya no pudo soportar. (...) ¡Con qué nobleza ha elegido su tumba! Yace en medio de espléndidos abetos verdes, cubiertos de nieve. (...) La naturaleza se inclina a contemplar a su muerto, las estrellas cantan dulcemente en torno a su cabeza y las aves nocturnas graznan: es la mejor música para alguien que ya no tiene oído ni sensaciones. (...) Yacer y congelarse bajo unas ramas de abeto sobre la nieve: ¡qué espléndido reposo! Es lo mejor que pudiste hacer (Walser, 2000, p. 107-109).*

Yacer y congelarse bajo las ramas de los abetos sobre la nieve; qué espléndido reposo para Walser, el sosegado caminante que logra captar la poesía del mundo y de la vida en los pequeños gestos que la cotidianidad aguarda. Gestos que solo se nos hacen presente cuando nos entregamos enteramente al paseo.

(2)



No recuerdo cómo ni dónde me enteré de la poética muerte de Walser. Lo que sí persiste en mi memoria es que tan pronto me encontré con esa historia quise saber más sobre la vida de este fascinante personaje. Como quizá es lo más común proceder, lo primero que hice fue buscar en la red alguna reseña sobre su vida y obra. Por esos caminos me encontré que gozaba de la admiración de pensadores y escritores como Benjamin, Kafka, Musil, Hesse, Canetti, Sebald, Bernhard, Coetzee, Sontag, Calasso, Vila-Matas, entre otros pocos. Que autores como Martin Walser lo reconocían como el más solitario de los escritores solitarios; mientras que Kafka lo leía en voz alta mientras paseaba con sus amigos y se reía a carcajadas por las ocurrencias de este autor. Y que Canetti (1982) pensaba que Walser era el más oculto de los escritores y que su singularidad consistía en que, al escribir, negaba siempre su miedo en lo más íntimo, excluyendo constantemente una parte de sí mismo. Contrariamente a esta última apreciación, Benjamin veía que todos los personajes de los relatos de Walser participan de cierta frustración o fracaso, pero además añadía que esto no era ni por timidez ante el mundo, ni por resentimiento moral, ni por melancolía,

ni porque algún dolor los acongojara, sino por puras razones epicúreas. Benjamin (2010) creía que nadie disfruta tanto de sí mismo como aquél que está en proceso de curación; razón por la cual notaba en los personajes más importantes de Walser una nobleza no acostumbrada.

Después de todo esto, me preguntaba qué me diría a mí Robert Walser; sus textos, su imagen, sus gestos, su palabra. Fue entonces cuando me eché a andar entre sus páginas, que aún sigo explorando. Desde entonces, mientras más lo leo, Walser se me ha ido haciendo presente a través de dos palabras, que presiento definen un llamado: *pasear y desaparecer...*

(3)



Me detenía en cada una de las fotos de Walser que encontraba, comenzaba entonces a ponerle un rostro a sus palabras, a reconocer un gesto, un modo de estar siendo en la vida y en el mundo. Una nobleza no acostumbrada, lo hacía próximo. Lo sentía familiar. Me era cercano.

Comencé entonces a imaginarlo como el sosegado paseante solitario que practicaba el noble (y necesario) arte de desaparecer. Una mirada, un cuerpo, un gesto que narra el camino, que nos pone en el andar.

Quise yo también desaparecer con él en uno de sus paseos...

*Ayer el aire era templado, suave. Ni un gatito se arrimaría con más delicadeza y cuidado. Con esa dulzura acaricia una madre a su pequeño e inocente bebé. Subí por el conocido y empinado camino rocoso hacia la montaña. Qué hermoso y tranquilo era el trayecto. Los árboles de fino ramaje*

*y formas negras se alzaban hacia la suave brisa nocturna gris plata, y un manantial murmurador, que brotaba melodioso, saltaba junto a la carretera de montaña por encima de algunas rocas en su descenso hacia el bosque, un bosque de cuento; y yo, mientras caminaba, era como el caminante del cuento. ¡Qué infinita paz y silencio! Faltaba la luna, claro; era una noche sin luna, pero las estrellas miraban a veces como ojos amables a través del bosque y de su oscuridad fabulosa para imprimirle un carácter cautivador. Pensamientos silenciosos y alegres parecían deslizarse en pos mío por el bosque. La magia que se extendía alrededor aumentó con el tiempo y los pasos. Todo estaba como encantado, la montaña dormía como un niño de mil años, grandote y bueno, y la noche misma intensificaba su lazo con brazos femeninos de indecible ternura (Walser, 2012, p. 16).*

(4)



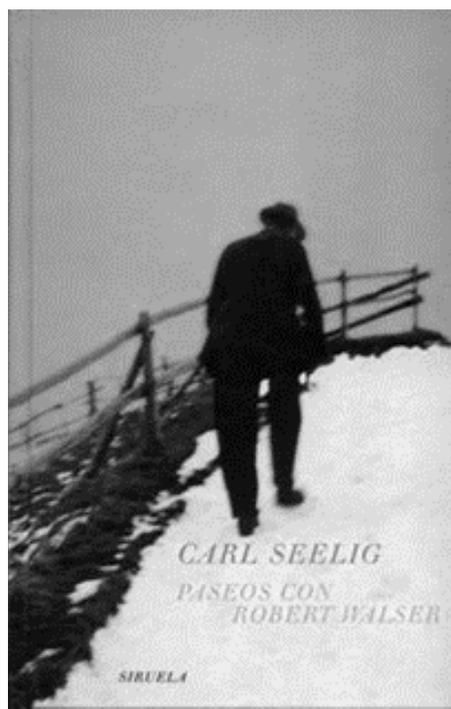
*En Berna, a veces estaba como poseído. Corría en pos de los motivos poéticos como el cazador detrás de la presa. Lo más fructífero resultaron ser los paseos por las calles y las largas caminatas por los alrededores de la ciudad, cuya cosecha intelectual llevaba al papel al volver a casa. Todo buen trabajo, hasta el más mínimo, requiere inspiración poética. Para mí está*

*claro que el oficio del poeta solo puede florecer en la libertad (Seelig, 2005, p.15-16).*

Me pasa a menudo que cada vez que voy a los libros de Walser y me encuentro con alguno de sus paseantes lo identifico con él. Es algo que no logro desligar, su rostro del de sus paseantes; entonces me digo ahí va Walser, hacia qué paisajes, hacia qué parajes, hacia qué senderos, hacia qué sensaciones, hacia qué estados de ánimo nos conducirá hoy...

Todo esto, quizá porque Walser me sabe a paseo, me transmite sus ganas de vagabundear, de holgazanear, me pone en esa dirección; por eso cada vez que lo leo siento que transita tanto física como literariamente en sus relatos. Él es autor y personaje a la vez: *las cosas pasan y le pasan*. Narra mientras se narra, sin ninguna pretensión autobiográfica; desaparece: él es el paisaje, es el sendero, es el paraje solitario en el que el silencio musical del bosque se hace más nítido –“Se oía un canto quedo en el aire, (...). El campo se convirtió entonces en una canción, bellísima por cierto” (Walser, 2012, p. 14)-. El paseo le permite alimentar su literatura, y la literatura, la poesía misma, atraviesa sus paseos. Ahora no leo sus personajes, sus caminantes, sino a Walser mismo. Lo veo a él, un personaje, un sosegado paseante, que desaparece a través de sus vagabundeos y nos regala –sin pretensión espectacular ni ejemplarizante alguna- los latidos del mundo.

(5)



Algunos cuentan que, luego de hacerse internar en el manicomio de Waldau en Berna, en común acuerdo con su hermana Lisa, por unos episodios de esquizofrenia, y más tarde internarse en el sanatorio de Herisau, hasta el día de su muerte, a Walser no se le volvió a ver escribir jamás. El resto de su vida estuvo dedicada a leer, a resolver crucigramas o, al igual que otros internos, a tareas rutinarias como clasificar y ordenar legumbres o montar cajas de cartón y bolsas; pero también tuvo valiosos espacios para sus vagabundeos solitarios o en compañía de Carlos Seelig, quien guardó la memoria de estos en un bello libro: *Paseos con Robert Walser* (2005). El motivo de este silencio con la escritura, según sus propias palabras, tenía que ver con la libertad necesaria para que el escribir tuviera un lugar: “*en Herisau no he escrito nada más*” (p. 71), “*el único suelo en el que el poeta puede producir es en la libertad. Mientras no se cumpla esa premisa, me niego a volver a escribir jamás*” (p. 28).

Aunque todo esto suene un tanto doloroso o desconcertante, he llegado a imaginar que este silencioso giro conllevó a que la escritura de Walser se fuera transformando en delicado gesto, en acción encarnada, en movimiento que migró de sus manos a sus pies. Walser no escribe ya, ahora camina y más camina, y a través de sus paseos se reencuentra con otra forma de la libertad...

*¡Qué feliz he sido esta mañana al ver las nubes en vez del cielo azul! Me río de las vistas soberbias y los telones de fondo dignos del teatro. Cuando la lejanía desaparece, la proximidad se acerca con ternura. ¿Qué más necesitamos que una pradera, un bosque y unas cuantas casas apacibles para estar contentos? ¡A partir de ahora, lo mejor es que venga en domingo, si puede! Desde que no practico la escritura no puedo permitirme la extravagancia de salir a pasear en día laborable. Eso trae el desorden al orden del sanatorio. Es muy agradable ver el mundo como una habitación de domingo* (Seelig, 2005, p. 47).

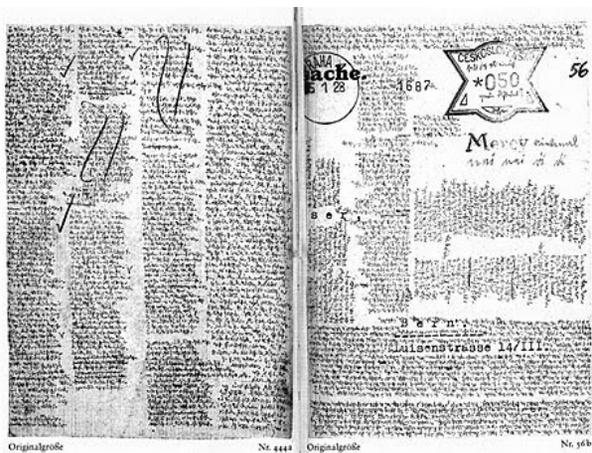
(6)



Ver el mundo como una habitación de domingo, parece ser en Walser un llamado a lo próximo, al hogar, a lo que verdaderamente vale la pena, a la infancia, el lugar donde paseo y ocio se confunden: libertad. Este motivo se hace más presente en un breve relato llamado ‘El parque’, que aparece en su libro *Historias* (2010). En este relato nos conducimos junto con Walser a través de un parque que se nos dispone, no como un espacio exterior, sino, como un lugar interior amplio, apacible y acogedor: “*un parque es como una habitación espaciosa, tranquila, apartada*” (p. 49). En un parque, nos dice Walser, siempre es realmente domingo, pues la atmosfera se torna un poquitín melancólica, evocando vivamente el hogar, y, en realidad, “*domingos solo hemos tenido en casa, donde fuimos niños*” (p. 41).

La niñez, la infancia, se torna en un tiempo en el que todavía hay tiempo, en el que todavía no es demasiado tarde; un tiempo abierto a lo gratuito, que no está sometido a las leyes de la utilidad; un tiempo de y para el ocio. “*Lo repito, los domingos sólo existen en las mesas y paseos familiares. El hombre adulto y solitario se ve privado de estos placeres*” (p. 51), nos vuelve a decir Walser, y uno apenas comprende que el paseo nos pone en el camino del parque, de la infancia, de lo próximo, del tiempo libre y liberado en el que todavía hay tiempo para respirar –y habitar– las cosas fundamentales.

(7)



También cuentan algunos que, antes de abandonar la escritura, entre 1924 y 1932, Walser intentó encarnar su deseo de desaparecer a través de ejercicios de escritura mínima que él mismo denominó 'el método del lápiz'. Se trataba de 526 manuscritos compuestos a lápiz con una caligrafía casi microscópica, cuyo tamaño va de uno a tres milímetros, en pequeñas hojas de papel recortadas por él mismo. Manuscritos que los investigadores Werner Morlang y Bernhard Echte tardaron más de 15 años en descifrar, para entregarlos en tres tomos: *Escritos a lápiz. Microgramas I, II y III*, una colección de textos breves, poemas, diálogos e impresiones, en los que podemos apreciar, entre otros motivos, maravillosos pasajes, parajes y paisajes que nos sumergen en la celebración del paseo, del vagabundear mismo, como gesto vital: *"no es el camino recto, sino los rodeos donde se encuentra la vida"* (Walser, 2007, p. 23).

Quisiera suponer que los microgramas, que el paso de la pluma al lápiz, de la hoja normal y formal al papel recortado, y de una letra legible a una caligrafía mínima, casi indescifrable, significan un movimiento hacia la comprensión de la escritura como devaneo, como borrador, como algo inacabado que a cada intento debe reaprenderse. Una invitación a olvidar todo automatismo de la escritura, a olvidar la supuesta hegemonía de la pluma y la tinta permanente e imborrable, a olvidar el camino recto que nos ausenta de la vida, y a volver al lápiz, lo que, en últimas, connota un volver a aprender nuevamente a escribir: *"con el lápiz podía trabajar de una manera más soñadora, más sosegada, más placentera, más profunda"*

(Walser, 2005, p. 325). Aprender a escribir como un niño entregado a su ejercicio escolar hecho siempre de rodeos, de tachaduras, de esbozos, de borradores, de garabateos, de trazos tímidos e indecisos:

*Para el autor de estas líneas hubo un momento en que, en efecto, se vio preso de una terrible, de una espantosa aversión hacia la pluma, (...) y, para librarse de este tedio de la pluma, empezó a lapicear, a esbozar, a garabatear. A mi juicio, con la ayuda del lápiz, podía jugar, componer mejor; me pareció que, de este modo, renacía el placer de escribir. Puedo asegurarle que usando la pluma (y eso empezó en Berlín) asistí al auténtico colapso de mi mano, a una suerte de crispación de cuyas garras me fui liberando a duras penas y con lentitud. (...) Pasé, pues, por un período de decaimiento que, por así decir, se reflejaba en la escritura a mano, en la disolución de la misma, y fue copiando lo que había escrito a lápiz cuando, como un niño, aprendí de nuevo a escribir* (Walser, 2005, p. 321-322).

...

Uno podría pensar que hay en la escritura de Walser una tentación por desaparecer, pero también un intento por mantener el paseo, el vagabundeo, el merodeo. La suya es una escritura vagabunda, errática, hecha de rodeos, de devaneos. Su escritura, al igual que él mismo, también pasa y pasea, por eso siempre apela a una estética del detalle; siempre está a la altura de las cosas con las que se encuentra. Por eso, no son las grandes historias el centro de su escritura, de su literatura; en ella la tensión no ocupa un papel primordial. El paseante solo se interesa por las cosas sencillas, ordinarias y fugaces que la rutina nos ha invisibilizado; está ajeno de todo lo espectacular y espectacularizante, de todo lo que brilla en demasía y se erige centro totalizante. Se trata en lo profundo de una exploración de lo cotidiano, de un viaje a la intimidad de lo cotidiano, de un mirar atento que se demora en lo cotidiano. De modo que, en su escritura vagabunda, en sus paseos, más que ocurrir cosas,

se piensa en cosas, se siente, se perciben cosas; abundan las descripciones, una atención a los detalles, a las minucias, a lo que la prisa nos ha vuelto imperceptible. Walser escribe y describe, y es capaz de hacernos ver o sentir qué pasa en esos instantes en los que aparentemente no pasa nada. Y en ese no pasar nada pasa Walser, pasa y pasea su escritura, pasamos nosotros, para que emerja lo otro en todo su esplendor y singularidad. –“*Parece que esa fue la gracia de Walser, reducir todo a nada, volver todo insignificante, pero sin pretensiones, sin aspavientos, como si nada*” (Del Castillo, 2020, p. 175)-. Desaparecer...

(8)



Algunos más atrevidos aún cuentan que, al igual que su Jakob Von Gunten, –el personaje cuya novela lleva su propio nombre-, el mismo Walser también quiso vivir una existencia mínima, también quiso ser ‘un cero a la izquierda’, también quiso desaparecer. “*El día de mañana seré un encantador cero a la izquierda, redondo como una bola*” (Walser, 2019, p. 10), “*un cero. Yo, individuo aislado, no soy más que un cero a la izquierda. Y ahora al traste con la pluma. ¡Al traste con las ideas! Me voy al desierto...*” (p. 126), dice Jakob; mientras que el mismo Walser le confiesa a Seelig en uno de sus tantos paseos: “*lo que me conviene es desaparecer, llamando la atención lo menos posible*” (Seelig, 2005, p. 45).

Entre querer ser un cero a la izquierda y la tentación por desaparecer hay mucha proximidad. Y es que el cero no supone un número o cantidad inexistente, sino que es un número que multiplicado por otro no suma nada, pero que al adicionarse a otro número lo multiplica, lo hace más grande. De igual forma se proyecta la tentación por desaparecer. Desaparecer para que el yo deje de ser el centro, para que pierda

todo su protagonismo, para eliminar con él todo egotismo. Desaparecer, entonces, para que lo otro emerja con su propia fuerza y su singular luz. Desaparecer para que otras vidas, otros paisajes aparezcan. No se trata esto de un disimulo, de un ensimismamiento, de un anonimato, de una indiferencia; sino del desaparecer como verdadero arte del *reaparecer*, del aplazar o posponer toda presencia totalizante, para que el otro o lo otro sea o se haga presente en cuanto tal: “*ya no era yo, era otro, y precisamente por eso otra vez yo*” (Walser, 2020, p. 65).

(9)



“*Soy contrario en lo más hondo de mi ser a toda prisa y atosigamiento*”, dice Walser (2020, p. 29) mientras pasea; él ama el reposo y también todo lo que reposa. Por eso, no logra comprender que pueda ser un placer para algunos pasar corriendo ante todas las creaciones y objetos que se nos hacen presente, que nos habitan, mientras nos conducimos a pie, mientras gozamos de un buen paseo. La suya es una defensa de la lentitud, de la demora, del rodeo, de la duración, de la ociosidad, de la contemplación, de lo inútil, de todo aquello

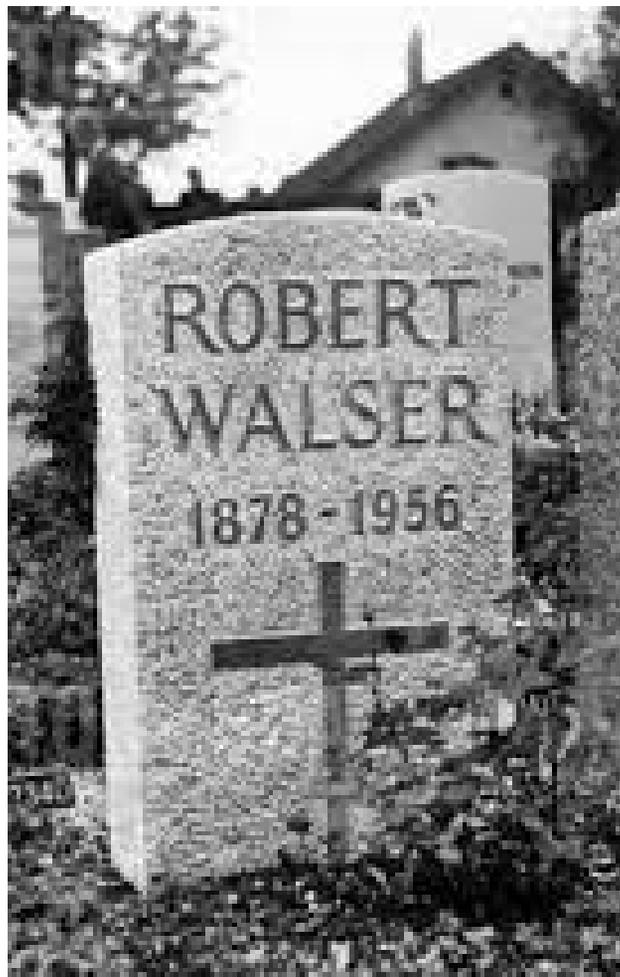
que la presurosa vida moderna nos niega. El suyo es un gesto genuino de alteridad cuando descubrimos que pasear nos pone en el sendero que conlleva al encuentro con uno mismo, con los otros y con el mundo siempre generoso.

*“Pasear me es imprescindible”* (p. 58), nos vuelve a decir Walser. E inmediatamente nos hace saber que pasear lo anima y le permite mantener el contacto con el mundo vivo, sin cuyas sensaciones no podría escribir, ni rendir informe alguno de lo visto y percibido, y su oficio de poeta estaría aniquilado. Sin pasear no podría hacer observaciones ni estudios, pues es durante el paseo donde nacen todas sus ideas y creaciones, en tanto que le ofrece como material numerosos objetos pequeños y grandes que después, en su estudio, elabora con celo y diligencia. Para Walser, un paseo está siempre lleno de importantes manifestaciones dignas de ver y de sentir, de admirar. La naturaleza y sus paisajes se convierten en un vivo poema que solo es capaz de recitarlo el paseante atento, aquel que se echa a andar no con los ojos bajos, sino abiertos y despejados, siempre atentos y dispuestos a contemplar lo que la mirada atenta trae a la presencia durante el paseo.

*Con supremo cariño y atención ha de estudiar y contemplar el que pasea la más pequeña de las cosas vivas, ya sea un niño, un perro, un mosquito, una mariposa, un gorrión, un gusano, una flor, un hombre, una casa, un árbol, un arbusto, un caracol, un ratón, una nube, una montaña, una hoja o tan sólo un pobre y desechado trozo de papel de escribir, en el que quizá un buen escolar ha escrito sus primeras e inconexas letras. Las cosas más elevadas y las más bajas, las más serias y las más graciosas, le son por igual queridas y bellas y valiosas. No puede llevar consigo ninguna clase de sensible amor propio y sensibilidad. Su cuidadosa mirada tiene que vagar y deslizarse por doquier, desinteresada y carente de egoísmo; tiene que ser siempre capaz de disolverse en la observación y percepción de las cosas, y ha de postergarse, menospreciarse y olvidarse de sí mismo, sus*

*quejas, necesidades, carencias, privaciones (...). De otro modo, pasea tan sólo con media atención y medio espíritu, y eso no vale nada* (p. 59-60).

(10)



Aquí yace Robert Walser. Con nosotros su –ahora nuestro- deseo infinito de *pasear* y *desaparecer*...

*Yo me hago mi camino,  
que lleva cerca y lejos;  
sin voz y sin palabra,  
en el margen estoy  
(Walser, 1997, p. 38).*



## Referencias

- Benjamin, W. (2010). *Obras. Libro II/Vol.1*. Madrid: Abada Editores.
- Canetti, E. (1982). *La provincia del hombre. Carnet de notas 1942-1972*. Madrid: Taurus.
- Del Castillo, R. (2020). *Filósofos de paseo*. Madrid: Turner.
- Le Breton, D. (2015). *Elogio del caminar*. Madrid: Siruela.
- Le Breton, D. (2016). *Desparecer de sí. Una tentación contemporánea*. Madrid: Siruela.
- Sebal, W. G. (2007). *El paseante solitario. En recuerdo de Robert Walser*. Madrid: Siruela.
- Seelig, C. (2005). *Paseos con Robert Walser*. Madrid: Siruela.
- Vila-Matas, E. (2017). *Doctor Pasavento*. Barcelona: Seix Barral.
- Walser, R. (1997). *Poemas-Blacanieves*. Barcelona: Icaria.
- Walser, R. (2000). *Los hermanos Tanner*. Madrid: Siruela.
- Walser, R. (2005). *Escrito a Lápiz. Microgramas I*. Madrid: Siruela.
- Walser, R. (2006). *Escrito a Lápiz. Microgramas II*. Madrid: Siruela.
- Walser, R. (2007). *Escrito a Lápiz. Microgramas III*. Madrid: Siruela.
- Walser, R. (2010). *Historias*. Madrid: Siruela.
- Walser, R. (2012). *Sueños*. Madrid: Siruela.
- Walser, R. (2019). *Jakob von Gunten*. Barcelona: Debolsillo.
- Walser, R. (2020). *El paseo*. Madrid: Siruela.

# ERGOLETRÍAS

